

La Corte del Barroco.
Cambios culturales y de comportamiento

José Martínez Millán
IULCE/Universidad Autónoma de Madrid

Al finalizar la Edad Media apareció en Europa una nueva cultura, cuyos centros, métodos de estudio y manifestaciones artísticas se oponían y eran distintos a los que habían sustentado la cultura durante la Edad Media (monasterios, escolástica, feudalismo). Esta forma de cultura (que coincide con los orígenes del Renacimiento) se le denomina cultura cortesana. En efecto, el nuevo fenómeno cultural estaba sustentado en la organización socio política que paralelamente se estaba produciendo: frente a las relaciones personales que caracterizaron al sistema feudal, apareció el origen de una estructura administrativa que resolvía los problemas sociales, no por la fuerza o el enfrentamiento, sino a través de leyes, para lo que fue necesario que una serie de personas, los letrados, las estudiaran en las recién creadas Universidades. Se formaba así una nueva organización política en torno al monarca que, tradicionalmente, se ha denominado el “Estado moderno”. Para este nuevo sector social, que servía en la organización política recién creada, sus aspiraciones de ascenso social estaban en la cercanía al rey, y en emplearse en su servicio, que era quien otorgaba las mercedes o castigos para subir o bajar socialmente, de acuerdo con el mérito de las acciones realizadas.

Es preciso tener en cuenta que el término “mérito” encierra dos significados: por una parte, significa virtud, cualidades excelentes; pero por otra, significa también merecimiento de recompensa por la realización de otras acciones. La mezcla de ambas connotaciones amplía su campo semántico y da al término un significado más profundo que el significado estrecho de “virtud”. A través de ambos niveles remite a unas cualidades superiores de una persona, pero también determina implícitamente relaciones entre individuos. Para las cualidades esenciales del *mérito*, las más consideradas eran las relaciones personales: generosidad,

fidelidad, valor y afecto. Porque los signos del mérito representaban el valor y servicio de un individuo dentro de las relaciones personales, porque la nobleza se levantaba sobre la virtud, el mérito y el servicio, si bien, el rey era la última instancia que debía valorarlo. Por eso, el patronazgo regio y la distribución de la gracia permitieron a los monarcas erigirse en instancia última que decidía el ascenso social. El monarca era el señor de los oficios y de las dignidades. La corte era el espacio primordial en el que se ponía a prueba la valoración de las personas y de las familias y donde se conseguía la cúspide de la sociedad. Aquellas familias que optaban por seguir la vía regia para obtener el ascenso social debían de asegurarse unos medios para aproximarse al favor real. El servicio al príncipe permitía obtener honor y, consecuentemente, ascenso social.

DEL IDEAL CABALLERESCO MEDIEVAL AL CORTESANO

No cabe duda de que esta nueva forma de articulación política, creó una nueva forma de comportamiento y de trato social, basada en los saberes clásicos que se habían destapado con el Renacimiento. La nueva conducta, basada en las letras, en el saber decir y relacionarse, era muy distinta de la medieval basada en los ideales caballerescos y se practicaba en el espacio político denominado la “Corte”, surgido en torno al Príncipe. No resulta extraño que, para muchos historiadores, la “Corte” fuera el lugar donde estaba el rey, lo que, sin duda ninguna, es una visión muy restringida y falta de contenido. Las dificultades de los historiadores en definirla así lo evidencian. No cabe duda de que la corte era la nueva relación o estructura de poder, cuya forma de expresión fue la cultura cortesana. En esta novedosa forma de articulación político social, dominaban las relaciones personales (redes clientelares, relaciones de patronazgo, etc.), como en el feudalismo, pero aparecieron organismos o instituciones (Consejos, Chancillerías, Audiencias, etc.) que se encargaban de gestionar el gobierno de la Monarquía. En mi opinión, todos estos elementos y las personas que los sustentaban formaron la “Corte”. Así ya la definía Alfonso X el Sabio en la *Segunda Partida*, quien claramente distinguía una dualidad de significados en dicho términos, que servían para designar tanto una localización espacial como un peculiar grupo de personas que detentaban el poder:

[Corte es] el lugar do es el Rey, e sus vasallos e sus oficiales con él, que an cotidianamente de aconsejar e servir, e los otros del reino que se llegan y o por onra dél o por facer recabdar las otras cosas que an de ver con él; e tomó este nombre

de la palabra de latín que dicen *ayors* (cohors) en que muestra tanto como ayuntamiento de compañías, ca allí se allegan todos aquellos que an a onrar e a guardar al rey e al reino. E otros a nombre en latín *curia*, que quiere tanto decir como lugar do es la cura de todos los fechos e la tierra.

La corte formó un elemento esencial en muchos debates del tiempo en torno a valores: honor contra discreción, campo contra ciudad, cosmopolita contra patriotismo¹. Además, creó estereotipos de comportamiento dentro de sus propios confines, opuestos a los ideales rústicos y a la conducta sin doblez de los personajes rurales². Es decir, desde fechas muy tempranas, los coetáneos fueron conscientes del fenómeno de la corte, no solo como centro de emanación y legitimación de poder, sino también del comportamiento específico que se debía seguir en tal lugar, contrario al que se practicaba habitualmente en el medio rural, para conseguir el éxito. A. Stegmann definía la corte con estas rotundas palabras: “*La Corte è una imagine simbolica dello Stato conosciuto e approvato dalla collettività*”. En ese mismo congreso, los profesores Ferroni y Quondam completaban esta definición analizando el fenómeno de la corte como representación de poder:

*La Corte, dunque, come specifica forma del potere che si manifesta, si mette in gioco [...] nella rappresentazione di sé come scena, sulla sua scena, come articolato/continuo manifestarsi di una compresiva ideologia della rappresentazione e del segno*³,

al mismo tiempo que la proponían como tema de investigación para los historiadores desde el punto de vista cultural y antropológico.

Esta línea antropológica lleva a plantearse las causas del éxito o fracaso del cortesano. En un primer momento (de acuerdo a la mentalidad religiosa existente) el éxito o fracaso en el intento dependía de comportamiento ético cristiano que seguía el cortesano⁴. Desde el punto de vista de la literatura, la temática tradicional

¹ E. BATTISTI: “Lo stile cortigiano”, en A. PROSPERI (a cura di): *La Corte e il “Cortegiano”*, II: *Un modello europeo*, Roma 1980, pp. 255-271.

² A. QUONDAM: “La virtù dipinta. Noterelle (e divagazioni) guazziane intorno a Clasicismo e Institutio in Antigo Regimen”, en G. PATRIZI (a cura di): *Stefano Guazzo e la Civil conversazione*, Roma 1990, p. 268.

³ G. FERRONI y A. QUONDAM: “Dialogo sulla scena della Corte”, en M. ROMANI (a cura di): *Le Corti farnesiane di Parma e Piacenza, 1545-1622*, Roma 1978, p. XXIX.

⁴ J. D. MENDOZA NEGRILLO: *Fortuna y providencia en la literatura castellana del siglo XV*, Madrid 1973; J. GUTIÉRREZ: *La Fortuna ‘brifons’ en el teatro del Siglo de Oro*, Santander 1975.

de la Fortuna se desdobra en dos direcciones: las tragedias ocasionadas por la fortuna, ejemplificadas en las caídas de príncipes y validos, y los remedios que los varones sabios saben adoptar contra caprichosa diosa⁵. Desde la óptica cristiana, la próspera o adversa fortuna se pone en relación con la conducta moral: la soberbia. A este respecto, la vida de don Álvaro de Luna sirvió como paradigma adecuado según se desprende de la literatura de la época⁶.

Desde los tiempos clásicos existió una posición ambivalente frente a la Fortuna⁷. En estas dos posturas surgen dos temas importantes que se complementan: las “tragedias ocasionadas por la fortuna” y el de los “remedios contra la fortuna”. Estos temas fueron ejemplificados en las vidas de Séneca y Boecio. Si para Séneca existe una obra que estudia la evolución del pensamiento de este filósofo a lo largo de la historia⁸, no hay un trabajo similar que trate sobre el influjo de Boecio. Lo que resulta claro es que Petrarca y Boccaccio acertaron a proyectar en sus obras, *De remediis utriusque fortunae* y *De cassibus virorum illustrium* respectivamente, las enseñanzas de los filósofos clásicos referidos, enriquecidos ya con el tema del “desprecio del mundo” medieval. El argumento que más comúnmente se maneja contra lo mundano es la fugacidad⁹. Lo que pretenden estos autores es que sirvan de ejemplo, esto es, tienen un fin moralizador¹⁰. Tales obras, además de presentar un trasfondo moral, presentaban un aspecto didáctico, en cuanto que dibujaban el camino que el hombre debía seguir para soportar los caprichos de la “fortuna”. En este sentido, las obras de Boecio y de Séneca resultaban esenciales y la reedición de sus principales tratados fue manifiesta. Ciertamente, este tipo de literatura fue muy abundante en

⁵ J. GUTIÉRREZ: *La Fortuna 'brifons'...*, op. cit., pp. 116-117.

⁶ R. MAC CURDY: *The Tragic Fall: don Álvaro de Luna and the other favourites in Spanish golden age drama*, Chapell Hill 1978.

⁷ Las etapas de la evolución y desarrollo de la tradición de la “Fortuna” han sido puestos de manifiesto por H. R. PATCH: *The Tradition of Boecius*, Oxford 1935, y por V. CIOFFARI: *Fortune and Fate from Democritus to Saint Thomas Aquinas*, New York 1935.

⁸ K. BLÜHER: *Séneca en España. Investigación sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVIII*, Madrid 1983.

⁹ P. SALINAS: *Jorge Manrique o Tradición y originalidad*, Buenos Aires 1962, pp. 95-100.

¹⁰ Sobre el tema, O. H. GREEN: “Sobre las dos fortunas; de tejas arriba y de tejas abajo”, en *Homenaje a Dámaso Alonso*, Madrid 1961, II, pp. 143-154.

España, al igual que en el resto de las Monarquías y principados europeos, durante los siglos XV y XVI ¹¹.

El tema de la fortuna fue objeto en numerosas obras literarias castellanas medievales: fray Martín de Córdoba, escribía en el prólogo, dedicado al favorito de Juan II,

[...] ya podemos ver qué es caso e fortuna; son causas accidentales de las cosas que se facen por algún fin que non vienen siempre ni muchas veces, más de tarde en tarde.

Este fin, este designio, es la voluntad de Dios; la fortuna es *ancilla Dei* ¹². Por su parte, Hernán Pérez de Oliva (†1531) —en su *Diálogo de la dignidad del hombre*— elogia el libre albedrío que capacita a la persona para liberarse de la fortuna, e identifica a la fortuna con el mundo. Los poetas del *Cancionero* también expresaron su opinión sobre la fortuna. Por ejemplo, Francisco Imperial la consideraba como una fuerza arbitraria, arrogándose el poder de trastornar las mismas influencias de los astros ¹³. Por su parte, Garci Sánchez de Badajoz llama la atención sobre la confusión de nombres que se le otorga ¹⁴, y Gómez Manrique también la identifica con la providencia de Dios ¹⁵.

El tiempo, la fortuna, la mutabilidad son todos ellos agentes de cambio, son el símbolo y la expresión del *contemptus mundi* y en este sentido se los ha empleado a través de los siglos. Pedro Salinas, al estudiar la obra de Jorge Manrique ¹⁶, hace

¹¹ A. PROSPERI: “Libri sulla Corte ed esperienze curiali nel primo ‘500 Italiano”, en A. PROSPERI (a cura di): *La Corte e il “Cortegiano”...*, *op. cit.*, II, pp. 69-91. Desde la óptica cristiana, la próspera o adversa fortuna se pone en relación con la conducta moral: la soberbia. A este respecto, la vida de don Álvaro de Luna sirvió como paradigma adecuado según se desprende de la literatura de la época. R. MAC CURDY: *The Tragic Fall...*, *op. cit.*; M. DE CÓRDOBA: *Compendio de la Fortuna*, ed. F. Rubio Álvarez, Madrid (BAE, 171) 1964; J. DE MENA: *Laberinto de la Fortuna*, Madrid 1990; I. LÓPEZ DE MENDOZA (MARQUÉS DE SANTILLANA): *Bías contra la Fortuna*, en *Obras Completas*, Barcelona 1988. Tales obras, además de presentar un trasfondo moral, presentaban un aspecto didáctico, en cuanto que dibujaban el camino que el hombre debía seguir para soportar los caprichos de la Fortuna.

¹² M. DE CÓRDOBA: *Compendio de la Fortuna*, *op. cit.*

¹³ F. MICHEL: *Cancionero de Baena*, Leigzip 1860, I, p. 206.

¹⁴ *Cancionero castellano del siglo XV*, ordenado por R. Foulché Delbosc, Madrid 1915, II, p. 649.

¹⁵ *Cancionero castellano del siglo XV*, Madrid 1912, I, p. 50.

¹⁶ P. SALINAS: *Jorge Manrique...*, *op. cit.*, pp. 96-97.

un cuadro de la literatura del siglo XV en el que demuestra cómo se apoderó de este tema dialéctico y lo renueva con su propia savia vital. El marqués de Santillana, tío de Gómez Manrique, dedica unos textos no menos elocuentes a la fortuna y al cambio en su *Comedieta de Ponza* (a partir de la estrofa 108). La fortuna se presenta como el agente de Dios de controlar el mundo y el movimiento en el firmamento. Por su parte Juan de Mena, en su obra *El laberinto de la Fortuna*, guiado por la providencia, no solo contempla la morada de la fortuna, sino también las ruedas del pasado, presente y futuro. En cada ciclo hay siete círculos, correspondientes a los planetas que gobiernan el destino humano.

Con todo, el retorno a la Antigüedad (*studia humanitatis*) y la nueva concepción del saber y de la dignidad humana, que se extendió en Europa durante el siglo XV y primera mitad del siglo XVI, habían constituido el fundamento intelectual de conducta dentro de la nueva organización de poder aparecida durante la Baja Edad Media: la corte. Los humanistas fueron letrados, cuya cultura nació fuera de los monasterios, de la enseñanza clerical (escolástica), y estuvo en relación con la aparición de las cortes europeas. En 1534, Boscán traducía al castellano el conocido libro de Castiglione, *Il Cortegiano*, cuyos valores y comportamientos se constituyeron en paradigma. Castiglione se había amparado en el molde clásico de una idea de perfecto rey y de perfecto orador como punto de partida de su instrucción del cortesano perfecto. Durante las primeras décadas del siglo XVI el arquetipo de cortesano fue desplazando al ideal de caballero como referente primordial de la nobleza, tratándose de adecuar al modelo de Castiglione, que defendía las cualidades cultas que el cortesano debía tener y mostrar ante los demás. El perfecto cortesano, junto a otros atributos, debía distinguirse por su bondad virtuosa, por el servicio honesto al príncipe y por educar a su señor en la virtud, ya que, el verdadero humanismo —como señala Francisco Rico— consistía:

[...] no solo en una cultura, sino además en una forma de civilización, en una conducta pública y privada tan atenta al pulimento individual como al bienestar de la comunidad.

Pero si el Humanismo era una cultura completa que implicaba un estilo de vida, resulta lógico que los cambios no solo afectaron a los saberes, sino también a los modos de comportamiento que debían adaptarse en los nuevos tiempos y en las nuevas circunstancias políticas.

Para el humanismo, el papel del lenguaje resultaba esencial. La lengua y el poder de la elocuencia daban al hombre su verdadera dignidad y cultura, la esencia

misma de la *humanitas*¹⁷. Las letras constituyeron el fundamento de la república. Desde el punto de vista del humanismo cristiano también se favoreció el conocimiento de las lenguas vernáculas con el fin de difundir la piedad cristiana entre el pueblo llano, fin último de este tipo de humanismo. La conversación fue la forma “de vivir” que el sistema cultural clásico aportó a los hombres del Antiguo Régimen, pero no de todos los hombres, sino de los cortesanos, porque de esta manera se definió su identidad cultural¹⁸. La conversación ha sido uno de los factores constitutivos de la modernidad¹⁹, sobre todo porque en un período corto de tiempo confirió una nueva identidad a los grupos y estamentos sociales, que formaban el grupo de la nobleza, una función distintiva: el cortesano, que nace de la metamorfosis del noble guerrero en armas. Una metamorfosis no solo posible, sino necesaria, prejudicial: consistente en el hecho de adquirir una “segunda naturaleza” que está hecha de tantas cualidades y virtudes que concurren a dar forma reglada a las relaciones interpersonales, una orgánica forma de vivir, llamada “conversación”²⁰.

CAMBIOS EN LA CORTE DEL SIGLO XVII

El proceso de confesionalización que abordó Felipe II llevó consigo la articulación política de la Monarquía, manifestándose de manera especial en tres aspectos: en el crecimiento de la administración; en el compromiso e identificación de la dinastía con la confesión católica y en el control ideológico y cultural de la sociedad. No voy a repetir lo que, tanto los miembros de mi equipo de investigación como yo, hemos escrito en otros estudios acerca de la formación de los Consejos, pero sí es necesario recordar que los Consejos recibieron autonomía y

¹⁷ F. RICO: “*Laudes litterarum: humanisme et dignité de l’homme dans l’Espagne de la Renaissance*”, en *L’Humanisme dans les lettres espagnoles*, París 1979, pp. 31-51.

¹⁸ A. QUONDAM: *La Conversazione. Un modello italiano*, Roma 2007, p. 10; B. CREVERI: *La civiltà della conversazione*, Milán 2001, *passim*.

¹⁹ Sobre el Renacimiento como modernidad, véase el resumen realizado por L. E. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO y J. L. SÁNCHEZ LORA: *Los siglos XVI-XVII. Cultura y vida cotidiana*, Madrid 2000, pp. 43-56.

²⁰ P. BURKE: *The Art of Conversation*, Cambridge 1993, pp. 73-75. Hace un estudio general del tema, de manera muy descriptiva, E. GODO: *Histoire de la conversation*, París 2007.

capacidad de decisión en los asuntos rutinarios. La secuencia de la reforma de los Consejos continuó, después de Indias, con el de Cruzada, en 1573, el de Italia y Aragón, en 1579, el de Guerra en 1586, el de Portugal en 1587, el de Hacienda en 1593, el de Castilla en 1598 (y otras medidas complementarias como la organización del Archivo de Simancas). Con la creación de los Consejos de Flandes y Portugal, o la reforma o creación de otros de carácter “temático” como la Cámara ²¹. En dicho esquema, los Consejos recibieron autonomía y capacidad de decisión en los asuntos rutinarios. La dotación de jurisdicción significó, entre otras cosas, la creación de una memoria propia, organizándose un archivo mediante el cual se dispuso de la jurisprudencia emanada del tribunal y en el que se contuvo una colección de leyes, constituciones y estatutos de los dominios italianos, soporte suficiente para ejercer una actuación técnica de oficio ²². Los nuevos Consejos de Portugal y Borgoña ahondaron esta definición particular de Consejos territoriales como vigías de la jurisdicción del rey. En el capítulo noveno de la instrucción dada al Consejo de Borgoña se recordaba que sus componentes eran los encargados de velar para que no experimentase alteración los derechos del soberano, al mismo tiempo que se encargaban de vigilar y custodiar

²¹ Las visitas abiertas, en la mayor parte de ellos, fueron durante la etapa en que gozó de la confianza regia el cardenal Espinosa (1566-1572) y tuvieron como consecuencia la reforma de los Consejos con mayor o menor celeridad y con una finalidad muy parecida. Obsérvese que lo acontecido en Cruzada es muy similar a lo que ocurrió en el Consejo de Italia, pues las ordenanzas de 1573 nacieron de la necesidad de hacer cumplir las de 1554, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. J. DE CARLOS MORALES: “Los orígenes del Consejo de Cruzada (siglo XVI)”, *Hispania* 51 (1991), pp. 901-932. En lo que se refiere al Consejo de Aragón, la ordenanza de 1570, parece obrar en paralelo a las instrucciones del consejo de Italia en octubre del mismo año, en J. ARRIETA ALBERDI: *El Consejo Supremo de la Corona de Aragón*, Zaragoza 1994, pp. 263-265. Para la evolución del Consejo de Guerra, S. FERNÁNDEZ CONTI: *Los Consejos de Estado y Guerra durante el reinado de Felipe II*, Valladolid 1997, pp. 251-265. Para Portugal, S. LUXÁN MELÉNDEZ: *La revolución de 1640 en Portugal, sus fundamentos sociales y sus caracteres nacionales. El Consejo de Portugal, 1580-1640*, Madrid 1988, pp. 105-119. Para la Cámara de Castilla, J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Las luchas por la administración de la gracia en el reinado de Felipe II. La reforma de la Cámara de Castilla, 1580-1593”, *Annali di Storia Moderna e Contemporanea* 4 (1998), pp. 31-72. Para los cambios en el Consejo de Castilla, I. EZQUERRA REVILLA: *El Consejo Real de Castilla bajo el reinado de Felipe II*, Madrid 2000. Para el Consejo de Flandes, J. M. RABASCO VALDÉS: “Una etapa del Consejo de Flandes y Borgoña: del ministerio colateral a las ordenanzas de 1588”, *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea* 6 (1979).

²² M. RIVERO RODRÍGUEZ: *La edad de oro de los virreyes*, Madrid 2010, cap. 3º.

su jurisdicción²³. Como ha señalado el profesor Arrieta para el Consejo de Aragón, las Audiencias se convirtieron con estas reformas en “la plataforma de ascenso natural al Consejo de Aragón. Ambos, Consejo y Audiencias, disfrutaban de la misma naturaleza de tribunales regios”²⁴. Esto mismo era válido para el Consejo de Italia, el de Indias, el de Portugal y el de Borgoña. Todos ellos comprendieron –como tribunales supremos– espacios jurisdiccionales y redes de tribunales donde ellos constituyen la máxima instancia en materias de gracia y justicia. De esta manera, lentamente se había dado forma a las ideas que al comienzo del reinado no eran sino un boceto de perfiles borrosos. No había ya, ni podía haber, confusión entre los oficios, funciones e instituciones; con ello, se ajustaron las piezas del modelo “polisinodial” característico del gobierno y administración de la Monarquía hispana a lo largo del siglo XVII. En 1617, Lorenzo Ramírez de Prado expresó la bondad del sistema en términos sencillos, dado que el príncipe no podía acudir a todo ni verlo todo, debía limitarse a elegir los medios y los instrumentos; es decir, diseñar la política general con los más eminentes de sus súbditos y “lo demás fíe en sus ministros inferiores”, delegando en los Consejos la rutina de decisiones judiciales y administrativas de poca entidad. Por su parte, Bermúdez de Pedraza encontró en el Consejo de Estado el espacio que articulaba a todos estos organismos en conjunto.

El proceso que había experimentado la Monarquía en su organización quedó resuelto, al expirar el reinado de Felipe II, gracias a la separación en dos ámbitos *jurisdictio* y *gubernaculum*. En este contexto, el papel de los letrados apareció netamente definido frente a la nobleza o “políticos”. A partir de entonces, los letrados (que procedían socialmente de las elites urbanas castellanas) se ocuparon de lo que eran especialistas, las leyes, y ejercieron su profesión en los Consejos y Audiencias, pero fueron conscientes de que ya nunca podrían alcanzar los puestos que habían disfrutado durante el siglo XVI, cuando ayudaron a los monarcas (sobre todo a Felipe II) a construir “institucionalmente” la monarquía (como expertos en leyes que eran) y al mismo tiempo gozaban de la confianza del rey y se relacionaban personalmente con él como auténticos privados (entre los distintos casos que se podrían citar, recuérdese a Diego de Espinosa). A partir de Felipe III, estas últimas funciones recayeron en manos de los nobles

²³ J. M. RABASCO VALDÉS: “Una etapa del Consejo de Flandes y Borgoña...”, *op. cit.*, p. 80.

²⁴ J. ARRIETA ALBERDI: *El Consejo Supremo de la Corona de Aragón*, *op. cit.*, pp. 330-331.

(validos). El profesor Maravall intuyó esta transformación y denominó a los letrados “nobleza de segunda clase”. Si se tiene en cuenta esta transformación, también se entenderán muchos de los escritos políticos acerca de la Monarquía y de las atribuciones que en ellos se conceden al reino frente a la autoridad del rey.

A partir del siglo XVII, la heterogeneidad que fue alcanzando la sociedad y la cantidad de solicitudes por servir al monarca (esto es, por integrarse en la corte) fue tan numerosa que necesariamente tuvieron que institucionalizarse tales relaciones (la aparición del Consejo de Cámara), lo que fue determinante tanto para la gestión de la corte como para la administración de los reinos (creación de nuevos Consejos)²⁵. Este cambio también fue percibido por los tratadistas de la Monarquía hispana, quienes comenzaron a definir la corte desde el punto de vista “institucional”; esto es, como centro en el que confluían espacios de poder diversos y que contenía toda una serie de organismos para gobernar la Monarquía. Si aún, en 1611, Sebastián de Covarrubias daba como válida la composición de la *Segunda Partida*²⁶, pocos años después, Gil González Dávila comenzaba su libro, *Teatro de las Grandezas de la villa Madrid*, con una dedicatoria al monarca, en la que decía: “Suplícole humildemente, reciba como cosa adquirida con mi estudio, la Historia de su gran Corte, que le pertenece como a señor de tan dilatado Imperio”²⁷. La obra se estructuraba en cuatro libros: en los dos primeros, exponía la historia, personajes y hechos relevantes sucedidos en la villa de Madrid; en el tercero estudiaba la Casa Real y en el cuarto los Consejos y tribunales con sus ministros y oficiales. Por su parte, Alonso Núñez de Castro

²⁵ Este proceso ha sido estudiado, para el caso inglés, J. ADAMSON: “The Tudor and Stuart Courts 1509-1714”, en J. ADAMSON (ed.): *The Princely Courts of Europe. Ritual, Politics and Culture under the Ancien Régimen 1500-1750*, Londres 1999, pp. 115-117. Para la evolución de la corte imperial, J. DUINDAM: “The Archiduchy of Austria and the Kingdoms of Bohemia and Hungary. The Court of the Austrian Habsburgs c. 1500-1750”, en J. ADAMSON (ed.): *The Princely Courts of Europe...*, op. cit., pp. 165-188; H. Ch. EHALT: *La Corte di Viena tra Sei e Settecento*, Roma 1984. La transformación de la corte prusiana, M. VOLKEL: “The Hohenzollern Court, 1535-1740”, en J. ADAMSON (ed.): *The Princely Courts of Europe...*, op. cit., pp. 311-330. Para el caso hispano, J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs): *La Monarquía de Felipe II. La Casa del Rey*, Madrid 2005, vol. I.

²⁶ S. DE COVARRUBIAS: *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid 1611 [ed. Martín de Riquer, Barcelona 1943], pp. 363-364, define la “corte” según la *Segunda Partida*.

²⁷ G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro de las Grandezas de la villa Madrid, corte de los Reyes Católicos de España*, Madrid 1623 [ed. facsímil, Madrid 1986], “Al Rey Nuestro Señor”.

estructuraba su clásica obra, *Sólo Madrid es Corte*, en cuatro libros. En el primero definía lo que era la corte; en los otros tres daba consejos e instrucciones al cortesano y a toda persona que se acercase a este lugar. En el primer libro (que en extensión ocupa la mitad del volumen), Núñez de Castro definía: “Corte sobre los aparatos de población, añade la asistencia del Príncipe, de sus Consejos, Grandes y títulos del reyno”. Después realizaba un análisis de su etimología, concluyendo con la definición de Alfonso X el Sabio²⁸. Exponía, a continuación (capítulo 6), la composición y jurisdicción de los diversos Consejos de la Monarquía, la Junta de Obras y Bosques, los Alcaldes de Casa y Corte y la Junta de Aposento. Seguía con el estudio de las Cortes: la forma de juntarse los reinos y la concesión de servicios (capítulo 8). En el capítulo siguiente analizaba las Casas reales y los principales oficios que las servían (capítulo 10). Continuaba con la enumeración de los Grandes del reino y la descripción de sus estados (capítulo 11). Finalmente estudiaba las “Rentas de Su Majestad, dentro y fuera de España”, tanto eclesiásticas como seculares, incluyendo las “prouisiones de oficios” (capítulos 13 y 14). No obstante, en los tres restantes libros exponía las instrucciones por las que debe guiarse el cortesano, comenzando por describir los “vicios de los que debe huir”.

EL NUEVO COMPORTAMIENTO CORTESANO: EL “DISCRETO”

Tan complicada estructura administrativa en la que se había transformado la Corte en el siglo XVII, también se tradujo en el comportamiento de los cortesanos y los valores por los que se guiaban en política y los métodos que utilizaban para triunfar, que ya no era a través de la “fortuna” irracional y de la práctica de las cualidades humanas (como se creía en la corte humanista de los siglos XV y XVI), sino con el trabajo y la adulación, programados por la razón, para lo que era necesario (como punto de partida) conocerse a sí mismo y conocer a los demás. De este comportamiento externo fueron testigos los numerosos cortesanos “catarriberras”, que permanecían en Madrid, esperando alguna merced, pero que no tenían la preparación académica adecuada para ocupar un cargo en la administración de la Monarquía (como sí la tenían los letrados), ni pertenecían a familia de rancio abolengo. Este es el caso de Miguel de Cervantes, Alonso de Barros y otros literatos de la época.

²⁸ A. NÚÑEZ DE CASTRO: *Solo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid. Tercera impresión con diferentes adiciones: dividido en quatro libros*, Madrid 1675, pp. 1-4.

En efecto, Alonso de Barros pertenecía a un grupo de personas que residían en la corte, sin poder político ni social, cuya única fuerza radicaba en su pluma (no siempre ingeniosa ni de alta calidad) con la que alagaban o criticaban a los grandes patronos con el fin de conseguir un favor o mediación. En 1587, Barros escribió un librito, *Filosofía cortesana*, en el que, en forma de juego, narraba la conducta que se debía seguir en la corte para conseguir la “pretensión”. Aunque dicho juego tiene la autoría de Alonso de Barros, resulta muy probable que fuera comentado e, incluso, anotado por todo el grupo de amigos que formaban estos contingentes escritores de la Corte entre los que se encontraba Cervantes; así se colige de los sonetos y loas que preceden a la descripción del juego en su publicación, entre los que se encuentra un soneto del propio Cervantes ²⁹.

El juego de Alonso de Barros parte del axioma de que toda persona que se acerca a la Corte encierra dentro de sí una “pretensión”. Mientras que los escritores anteriores habían considerado que la obtención de la “pretensión” se debía a la “fortuna”, y la obtención o pérdida de la misma se explicaban acudiendo a la moral cristiana, Barros trató de demostrar que todos los actos obedecían a una lógica y, por consiguiente, los actos de la “fortuna” podían ser previsibles. Para descubrir y planificar el orden de la “fortuna”, el cortesano debía, ante todo, conocerse a sí mismo; esto es, debía conocer su carácter, lo que le enseñaría cuáles iban a ser sus reacciones ante los demás. No se trataba tanto del sabio aforismo clásico “conócete a ti mismo”, cuanto de aplicar los tipos psicológicos que, por aquellos años, describiera Huarte de San Juan en su libro *Examen de Ingenios* ³⁰, quien clasificaba a las personas de acuerdo a los cuatro elementos de la naturaleza: aire, fuego, tierra y agua. De la relación de estos elementos (cada uno de ellos identificados con una persona) dependía la buena o mala relación con los semejantes (fuego y fuego era una unión peligrosa, en cambio una persona que fuera agua y otra fuego, se neutralizaban, y la relación social era óptima) y, en definitiva, la obtención de la “pretensión”; pero además, era necesario utilizar una serie de técnicas, que constituían la moneda común para fomentar y estimular estas relaciones: “liberalidad, adulación, diligencia y trabajo”.

²⁹ Al respecto, véase mi trabajo: “Filosofía Cortesana de Alonso de Barros (1587)”, en P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO, J. MARTÍNEZ MILLÁN y V. PINTO CRESPO (coords): *Política, religión e inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva*, Madrid 1996, pp. 461-482.

³⁰ J. HUARTE DE SAN JUAN: *Examen de Ingenios*, Baeza 1575.

Se deducía de aquí una visión pesimista de la conducta cortesana, contraria a toda valoración de la virtud, que ignoraba toda ética y moral religiosa, ya que se ponía la clave del éxito en ganar la voluntad del patrón poderoso, quien concedía la merced, para lo que se utilizaba la adulación, disimulación y apariencia; resulta lógico que el camaleón fuera considerado como el símbolo del personaje cortesano. Estas ideas se expresaban con claridad en la *Epístola moral a Fabio*, en la que se intentaba persuadir al protagonista de que no malgastase su tiempo siguiendo pretensiones en la corte. Comenzaba calificando la “pretensión” que cada uno lleva dentro como algo irracional:

Dejémosla pasar como a la *fiera*
Corriente del gran Betis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera ³¹.

La corte se presenta como un lugar de vicio a donde se va a conseguir mercedes y gracias:

Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.
Cese el ansia y la sed de los oficios,
Que acepta el don, y burla del intento,
El ídolo a quien haces sacrificios.

En definitiva, la vida de la corte —a juicio del autor— era contraria a la grandeza de ánimo y a la virtud:

El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo, precede, y pasa al bueno;
¿qué espera la virtud o qué confía?

Fernández de Navarrete era de la misma opinión:

Y porque es cosa cierta, que en las cortes de ordinario arrebatan los premios, no los más dignos, sino los más solícitos, y los que tienen más franca la entrada en los últimos retretes de los ministros, propone el Consejo, que se den los premios a los beneméritos que los esperan en sus casas, haciendo incapaces de ellos a los ambiciosos, que con importuna asistencia en la corte están molestando a los reyes y a los ministros ³².

³¹ A. FERNÁNDEZ DE ANDRADA: *Epístola moral a Fabio y otros escritos*, edición de D. Alonso, estudio preliminar de J. F. Alcina y F. Rico, Barcelona 1993, p. 74.

³² “Y débese ponderar, que la etimología de la palabra corte, como dijo el segundo sínodo Romano, se toma de esta palabra *cruor*, que significa sangre: porque lo más que en las cortes

No difería sustancialmente la opinión de Cervantes, quien ponía en boca del licenciado Vidriera la siguiente expresión cuando dicho personaje novelesco fue invitado a visitar la corte: “Vuesa merced me excuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear”³³. Y al final de la novela ejemplar, se despedía de la corte, porque no podía vivir en ella, con estas palabras:

¡Oh, corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes y acortas las de los virtuosos encogidos, sustentas abundantemente a los truhanes desvergonzados y matas de hambre a los discretos y vergonzosos!³⁴.

Una larga lista de citas se podría añadir, hasta desembocar en las *Guías de avisos*³⁵ y en los consejos de Baltasar Gracián como ejemplos señeros que tratan de instruir en la conducta cortesana³⁶.

Las mercedes que distribuye el favor regio, lejos de suponer el final afortunado de los desvelos de medrar, implican el inicio de una nueva peregrinación por las antecámaras y covachuelas de palacio. En la Corte de Babilonia, el cortesano

se platica, mira a carne y sangre”, en P. FERNÁNDEZ NAVARRETE: *Conservación de Monarquías y Discursos Políticos*, edición y estudio preliminar de M. D. Gordon, Madrid 1982, pp. 216-217. Añadía: “Mucha parte de los daños que acarrea en la corte la muchedumbre de clérigos, se remediaría con prohibir de todo punto los oratorios particulares, con cuyo color se entretienen muchos, y algunos que quizá no son sacerdotes más que en el hábito largo, infamando con sus acciones el estado que indignamente profesan” (p. 217). De tal definición se hacía eco el portugués M. L. Andrada, quien definía la corte como “*aquella corpo do Rei, com todos os que lhe assistem, odiciase e grandes e menores, morando onde elle mora, como Igreja todo o corpo, e ajuntamento dos Christaos e se diz em latim Curia de cura, s. cuidado, e governo, a agencia, e negociação, e administração de todo aquelle corpo de gente: inda que na segunda Sinodo Romana, cap. 16 se diga, que Corte vem de cruore, s., sangue, porque o que mais nellas se pratica, se encamina a carne e sangue, como o refere Navarrete na coservação de Monarquías: etimología muito desporpositada a meu parecer*” [M. L. ANDRADA: *Miscellanea*, Lisboa 1629 (edición de Lisboa 1993), p. 402].

³³ M. DE CERVANTES: “El Licenciado Vidriera”, en *Novelas ejemplares* (I), edición de J. B. Avalle-Arce, Madrid 2001, p. 433.

³⁴ *Ibidem*, p. 456.

³⁵ A. LIÑÁN Y VERDUGO: *Guía y avisos de forasteros, a donde se les enseña a huir de los peligros que ay en la vida de la Corte; y debaxo de novelas morales y ejemplares escarmientos, se les avisa y advierte de cómo acudirán a sus negocios cuerdamente*, Madrid 1626.

³⁶ B. GRACIÁN: *Oráculo manual y arte de prudencia*, Madrid 2000 [ed. facsímil de la de 1647].

se dejaba arrastrar por los vicios³⁷. En el auto *El año santo en Madrid*, la lascivia se presenta como el adorno de las Cortes de todo el mundo³⁸. En la Corte se abandona el reino de la moral y la ética para conducirse por la política. Gracián puso en boca de Critilo, en su obra *El Criticón*, la siguiente definición de la Corte:

Babilonia de confusiones, una Lutecia de inmundicias, una Roma de mutaciones, un Palermo de volcanes, una Constantinopla de nieblas, un Londres de pestilencias y un Argel de cautiverio.

Ante semejantes peligros en este “mar bravío”, que era la Corte, el tradicional concepto de “prudencia”, por mucho que se repita, no daba entera satisfacción. La cosmovisión del cortesano se levanta sobre dos pilares que constituyen el eje en torno al que gira el comportamiento cortesano: la prudencia y la discreción. La discreción es un hábito del entendimiento práctico que se ocupa de la elección y ejecución de aquellos medios apropiados para alcanzar algún fin, teniendo en cuenta las circunstancias en las que se han de realizar las acciones convenientes³⁹. La prudencia y la discreción se orientan al gobierno de las acciones y del modo de proceder, eligiendo los medios proporcionados a la consecución de los fines.

La discreción era la inteligencia práctica mucho más ventajosa que la propia “prudencia”. Los textos principales que defienden esta virtud se encuentran en B. Gracián. El objetivo del “discreto” es dominar más que agradar y para ello utiliza la seducción, que no es más que el principal medio de alcanzar la dominación⁴⁰. El discreto utiliza la disimulación para ocultar sus deseos y proyectos y constituye una parte esencial del arte que practica sobre él mismo⁴¹. La relación

³⁷ P. CALDERÓN DE LA BARCA: *Obras completas*, Madrid 1991, III, p. 547: “Infausto día, / oh Corte, fue el día que a tu Libia / con fe tibia / le trae su naturaleza / a ser cortesano entre envidia y pereza / codicia, ira, gula, soberbia y lascivia”.

³⁸ *Ibidem*, p. 543.

³⁹ A. ÁLVAREZ-OSSORIO: “La discreción del cortesano”, *Edad de Oro* 18 (1999), pp. 23-28.

⁴⁰ M. BLANCO: “Les discours sur le savoir-vivre dans l’Espagne du siècle d’oro”, en A. MANTANDON (coord): *Pour une histoire des traites de savoir-vivre en Europe*, Clermont-Ferrand 1994, pp. 115-121.

⁴¹ “La disimulación alma del secreto, es el timón del gobierno, y no sabe reinar quien no sabe disimular”, escribía Francisco BERMÚDEZ DE PEDRAZA en su obra *El secretario del rey*, Madrid 1620, p. 62. Por su parte, Mártir RIZO: *Norte de Príncipes*, Madrid 1626, señalaba la gran capacidad de disimulación del emperador Tiberio.

del discreto con su entorno es de orden polémico, el discreto está en estado de lucha con su entorno, al que suele denominar el “mar de la corte”. Por tanto, el arte de vivir del discreto solamente se puede concebir más que en el seno de una visión pesimista del mundo ⁴².

En estas circunstancias, se impone un cambio en el concepto de cultura y en el comportamiento cortesano. La conversación clásica, más que un código social, se constituyó en un ritual antropológico secularizado. Un ritual de todo el cuerpo: en realidad, nos hace conocer estética y moralmente los gestos, la posición en el espacio respecto a los otros cuerpos, la voz, las acciones, etc. La conversación es un modelo que surgió en Italia ⁴³, un modelo dinámico que se extendió por toda Europa, siendo reelaborado autónomamente en otras sociedades, pero siguiendo la continuidad de códigos y de valores, de categorías y de funciones con respecto al modelo originario. Sobre todo en Francia, donde a partir del modelo italiano se elaboró en el siglo XVII un modelo francés de conversación, que constituyó el nuevo *standard* europeo ⁴⁴.

En el caso español, entre los autores más destacados en la propagación de los ideales cortesanos se encuentra el secretario Gracián Dantisco, cuyas obras describen las normas de comportamiento ⁴⁵. En el *Galateo Español*, Gracián tradujo la obra que había escrito el cardenal Della Casa con el mismo nombre (*Galateo*), aunque con diversos cambios conceptuales ⁴⁶. En dicho libro se encuentran los elementos (discreción, cortesanía y disimulación), así como el interés por “saber el modo y manera de palabras y costumbres” que deben adoptar las personas en la conversación civil; esto es, en el comportamiento cortesano para poder

⁴² J. AYALA (coord): *Baltasar Gracián, el discurso de la vida*, Barcelona 1993, 2 vols; B. PELEGRIN: *Ethique et esthétique du Baroque*, Arlés 1985.

⁴³ D. A. LARUSO: “Rethoric in the Italian Renaissance”, en J. J. MURPHY (ed.): *Renaissance Eloquence. Studies in the Theory and Practice of Renaissance Rhetoric*, Berkeley 1983, pp. 37-55.

⁴⁴ M. FUMAROLI: *L'âge de l'éloquence*, París 1994, especialmente, pp. 259-299; A. L. GORDON: “The Ascendancy of Rethoric and the Struggle for Poetic in Sixteenth-Century France”, en J. J. MURPHY (ed.): *Renaissance Eloquence...*, *op. cit.*, pp. 376-383.

⁴⁵ J. GÓMEZ: *El diálogo en el Renacimiento*, Madrid 1996; D. INDURÁIN: *Humanismo y Renacimiento*, Madrid 2000.

⁴⁶ Véase la “Introducción” de Margherita MORREALE a L. GRACIÁN DANTISCO: *Galateo Español*, Madrid 1968, p. 32.

“alcanzar la pretensión”, tal como enseñaba desde la vida cotidiana de la corte Alonso de Barros en su juego⁴⁷. Ambos constituyen libros para arribistas.

El *Galateo* se presenta como una larga lección de un “viejo ignorante” a un “joven muchacho”. En el *Galateo*, la opinión común llega a absorber completamente al individuo y reduce el sentido común a la simple imitación de los usos de la mayor parte, fenómeno que debe ser interpretado como la canalización de la simulación cortesana en la línea de cómo lo expresa Alonso de Barros. El libro de Dantisco es el fundamento de toda obra de los siglos XVII y XVIII que trate sobre la forma de vivir en la Corte; de hecho, fue retomado en diversas obras del Siglo de Oro. Ya en la novela *Guzmán de Alfarache* aparece, en una digresión, esta convicción: cuando Guzmán llega a Zaragoza, huyendo de Italia, y se presenta como un rico ocioso, poniéndose a cortejar a una bella viuda [...] Guzmán comienza a leer un cuaderno titulado *Arancel de necedades*⁴⁸. Este cuaderno parece que es la réplica a un pasaje del *Galateo*⁴⁹.

Todas estas enseñanzas y consejos contribuyeron a configurar la imagen y comportamiento de un personaje peculiar que sabía moverse entre los complicados vericuetos institucionales que las Monarquías habían ido creando: el “cortesano discreto”⁵⁰. Al comenzar el siglo XVII, el embajador español en Roma, conde

⁴⁷ A. MARTÍ: *La preceptiva retórica española en el siglo de Oro*, Madrid 1972; J. RICO VERDÚ: *La retórica española de los siglos XVI y XVII*, Madrid 1973. Otros humanistas cultivaron el género de la crianza como Juan Lorenzo PALMIRENO quien en sus obras *El estudioso de la aldea*, Valencia 1568, y *El estudioso cortesano*, Valencia 1573. En el *Diálogo de la discreción* de Damasio DE FRÍAS ya planeaba la sombra del desengaño de la corte, igual que en *El Embajador* de F. SUÁREZ DE FIGUEROA.

⁴⁸ M. ALEMÁN: *Guzmán de Alfarache*, ed. de J. M. Micó, Madrid 1987, II, p. 343.

⁴⁹ L. GRACIÁN DANTISCO: *Galateo Español*, *op. cit.*, p. 109. Existen diferentes interpretaciones sobre la autoría primera de este *Arancel de necedades*. Es posible que Mateo Alemán tomase este texto de una tradición anterior. Con frecuencia se ha atribuido a Quevedo (F. QUEVEDO: *Obras Completas*, ed. de F. Buendía, Madrid 1988, I, pp. 75-81).

⁵⁰ A. MENDOZA: “Los catarriberas” (BNE, ms. 3991, fols. 202-213); *Sumario de las condiciones que se requiere para que uno sea perfecto cortesano, sacado en suma de El Cortesano en cuatro libros. Siglo XVII*, 24 fols. (BNE, m. 7374); M. ZUBIAUR: *Peso y fiel contraste de la vida y de la muerte. Avisos y desengaños ejemplares, morales y políticos, con un tratado intitulado observaciones de palacio y corte. Y un breve apuntamiento de la reina nuestra señora a esta corte*, Madrid 1650; B. VERDÚ: *Engaños y desengaños del tiempo*, Barcelona 1612; F. GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS: *El hombre práctico o discursos varios sobre su conocimiento y enseñanza*, Bruselas 1680 [ed. Córdoba 2000]; N. FARET: *L'honeste homme, ou l'art de plaire a la court. Traduit en*

de Castro, dejaba una serie de instrucciones a su sucesor con el fin de orientarle en la conducta que debía seguir en la Ciudad Eterna. El memorial comenzaba de la siguiente manera: “El ánimo de esta corte es la disimulación; conviene usarla, porque de otra manera ni aquistaré [sic] V. E. reputación, ni la conservaré”⁵¹. Mucho había cambiado el ideal de cortesano que describiera Castiglione en el siglo anterior. Ciertamente, con el paso del tiempo, los ideales humanistas fueron evolucionando de acuerdo a los cambios políticos y administrativos que había experimentado la corte, lo que produjo una visión más escéptica y pesimista de la que tuvieron cuantos alimentaron el “sueño del humanismo” en sus inicios. Ya no era necesario mostrar ante los demás las cualidades y principios humanos que cada uno poseía, al contrario, podía ser perjudicial⁵².

A partir del siglo XVII (en la corte del Barroco) valía actuar “como si se poseyeran”; esto es, lo importante no era poseerlos, sino hacer creer a los demás que se tenían. Surge así una literatura de la disimulación y del desengaño al comprobar que no siempre el personaje que poseía mejores cualidades era el que alcanzaba sus objetivos, sino el que aparentaba poseerlas y agradaba a los demás. En estas circunstancias, la literatura comenzó a tener una nueva función social, que la desempeñaba hasta entonces en la corte. Durante los reinados de Felipe III y Felipe IV, los escritores fueron plenamente conscientes de su importancia social, de que podían ejercer influencia en el público y de que eran “profesionales” de la pluma, diferenciándose en esto de los poetas y literatos de la primera mitad del siglo XVI, quienes además de tener su propia profesión, también escribían⁵³. Conscientes de la importancia que tenía la apariencia y la fama social, y de que ellos podían contribuir a producirla a través de sus escritos y obras, formaron grupos o reuniones y buscaron la protección de nobles mecenas

espagnol par dom Ambrosio de Salazar, París 1634; J. GASCA Y ESPINOSA: *Manual de avisos para el perfecto cortesano, reducido a un político secretario de príncipes, embajadores u grandes ministros a cuyo cargo es el despacho de las cartas misivas y dilatación de sus escritos*, Madrid 1681.

⁵¹ *Información sobre la corte de Roma por el conde de Castro*, Roma 31 mayo 1609, en BNE, ms. 1318, fols. 37r-44v; ms. 2749, fols. 7r-15r).

⁵² G. MAZZACURATI: *Il Rinascimento dei moderni. La crisi culturale del XVI secolo e la negazione delle origini*, Bolonia 1985, pp. 149-295.

⁵³ M. ROMERA-NAVARRO: “Querellas y rivalidades en las Academias del siglo XVII”, *Hispanic Review* 9 (1941), pp. 494-499.

que los promocionasen. En este contexto se debe situar la evolución de las academias del Renacimiento al Barroco. Si bien ya existían durante la primera mitad del siglo XVI⁵⁴, su expansión y arraigo definitivo se dio a finales del reinado de Felipe II y durante el de su hijo⁵⁵. Las academias tuvieron su origen en el espíritu humanista, pero experimentaron una transformación cuando estos valores comenzaron a ser apartados ante la imposición de una nueva práctica política y de comportamiento cortesano⁵⁶. Como sucediera en Europa, durante la segunda mitad del siglo XVII su número creció de tal manera que bien se puede hablar de la “república de las letras” y mantuvieron el espíritu que llevaría al siglo de la Ilustración⁵⁷.

⁵⁴ W. F. KING: *Prosa novelística y academias literarias en el siglo XVII*, Madrid 1963, pp. 22-23. También parece que, a mediados de siglo, Juan Mal Lara fundó una academia en Sevilla (p. 25).

⁵⁵ J. SANCHEZ: *Academias literarias del Siglo de Oro español*, Madrid 1961, pp. 26-27, habla de la *Academia imitatoria* (1586) y de la *Academia de los Humildes de Villamanta* (1592), pp. 31-32; W. F. King: *Prosa novelística...*, *op. cit.*, pp. 27-31.

⁵⁶ Véase el ambiente humanístico de Sevilla, ciudad en la que surgieron diversas academias, J. MONTERO: *Fernando de Herrera y el humanismo sevillano en tiempos de Felipe II*, Sevilla 1998, especialmente, pp. 20-33; S. B. VRANISH: *Francisco de Medina (1544-1615). Maestro de la Escuela Sevillana*, Sevilla 1997, pp. 20-22; V. LLEÓ CAÑAL: *Nueva Roma: Mitología y humanismo en el Renacimiento sevillano*, Sevilla 1979, *passim*. Por su parte, J. M. PRIETO BERNABÉ: *Lectura y lectores. La cultura del impreso en el Madrid del siglo de Oro (1550-1650)*, Mérida 2004, II, pp. 13-20, analiza con precisión y claridad la transformación de las costumbres de la nobleza cuando, al comenzar el siglo XVII, se asienta en la corte madrileña; su afán y gusto por la lectura; pero la nobleza que nos describe y el ambiente en el que se mueve ya no es humanista, sino barroco (J. A. MARAVALL: *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Barcelona 1975, pp. 244 ss.).

⁵⁷ Así lo constata, P. MAS I USÓ: *Academias valencianas del barroco. Descripción y diccionario de poetas*, Kassel 1999, p. 1; A. BEGUE: *Las academias literarias en la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid 2007; P. ÁLVAREZ MIRANDA: “Las academias de los novatores”, en E. RODRÍGUEZ CUADROS (ed): *De las Academias a la Enciclopedia: el discurso del saber en la modernidad*, Valencia 1993, pp. 263-300.